

LITERATURA PÓSTUMA Y LA MARQUESA VIUDA

La otra tarde en la librería, me sorprendió que de inmediato acertaran a localizar los libros de José Luis Alvite que yo reclamaba. Me confesaron que los habían pedido a la editorial porque como el autor había muerto recientemente se suponía que tendrían un mayor reclamo, o dicho con sus palabras, «una mejor salida». Oh, sí, pensé, Alvite se murió recientemente, y puede que eso se traduzca en que, por encima de vagas referencias literarias, se haya convertido en un recuerdo vivo, paradójicamente vivo. Entonces me pareció que adquirir un libro de Alvite, *post mortem*, podría ser interpretado como el simple cumplimiento de un respeto sin más. La muerte como reclamo. Lo mismo que ponerse a los pies de la señora marquesa que decidió salir a las cinco. Un formalismo, eso es todo. Alvite, por culpa de su propia muerte, se había convertido en un formalismo tal vez con ínfulas diletantes de una provincia alejada del *Savoy*. Habrá que esperar a que otros se mueran para encontrar sus libros en las tiendas especializadas y, entre tanto, seguir consumiendo insomnios con hielo en el *Savoy* junto al solitario amante de la chica que permanece acostada sobre el piano de cola.

Aquel día acababa yo de rematar la lectura de un libro hermoso y póstumo. Me refiero a *Para Isabel*, de Antonio Tabucchi. Siempre he recelado de los libros póstumos, pues a nadie ha de escapársele que cuando un autor deja voluntariamente en el cajón un texto sin decidirse a entregarlo a la imprenta, ni siquiera a considerarlo acabado, por algo será. Los libros póstumos me han proporcionado no pocas decepciones que han venido a ratificar mi amoscada opinión respecto de ellos, y he querido ver, sin miedo a equivocarme, en su publicidad y edición más un asunto de réditos para el editor y los herederos del ausente escritor que una honrosa maniobra de hacernos sentir que dicho autor todavía pervive entre nosotros. Con esa sospecha abordé la nueva novela de Tabucchi, y he de admitir que en esta ocasión me pareció que, en efecto, el autor italo-portugués seguía entre nosotros. Lo que hallé en *Para Isabel* era puro Tabucchi, y no como en otros casos que apestan a refrito o endemoniada insistencia foránea relativa a los tics o tópicos del autor en cuestión. Este razonamiento me ha suscitado la evocación de aquel intento de lectura —fracasada, pues hube de abandonarla al poco de su inicio— de la novela póstuma de Cabrera Infante. Demasiado Cabrera hay en ella como para otorgarle el marchamo de autenticidad mínimamente exigible en cualquier autor al que admiramos. Todo gran escritor es reconocible e igualmente original en cada una de sus obras. Y los libros póstumos tienen la fea costumbre de no ser originales y, encima, resultan repetitivos. El libro póstumo es como el insistente pésame que recibe la marquesa viuda a las cinco de la tarde.